JILOTEPEC

María Baranda

a mis hermanos

Todo el año esperábamos la llegada del verano
azul de las grosellas
con las bocas restregadas bajo el sol
dos veces celebrado por las garzas en sosiego.

Había un sonido de capilla entre la hierba
como si un pez murmurara
nuestros nombres en el río,
ese río de piedras abultadas,
cual una flota de ranas detenidas.

Era el tiempo de ahuyentar el miedo
como se ahuyenta a las libélulas con lámparas.

Yo siempre
al pie de aquellas zarzas,
ojos cerrados,
boca apretada,
escuchando la oscuridad y su silbido.
A veces, una rana rápida en su sombra
me asustaba,
y era mi grito entonces
los ojos rotos en el borde,
un presagio de la muerte que venía.

El corazón ceñido a los escombros
retumbando para espantar al pájaro en lo alto,
pájaro que cincelaba el árbol amarillo
donde dormíamos como en un cuarto superior
hecho de plumas horadadas en el día.

BARANDA, SEGOVIA, ESPINASA

Abajo, dócilmente la noche,
nos avisaba del apogeo de los mayores
entre risas al mar
abierto de las valvas,
labios que restallaban siempre en las venas de ese río.

Y era el fétido olor de las grosellas
en esos tarros de fresca mermelada,
donde la voz a punto
establecía los ritos
ajenos a este mundo, el dominio viscoso
de nuestras lenguas enlazadas.
Yo no tenía más que una palabra sola,
abierta,
para sortear el miedo,
aquel camino oscuro de regreso
hasta llegar al día y del día a otras albas.

Era el verano entonces,
donde un instante,
como esas ranas detenidas,
croaba un poco más y siempre,
con el sólo eco de nuestros sueños solos,
si es verdad,
si es verdad
que en el abismo
se vive resurgidos.